

vas referencias; todo lo cual está a disposición del público científico y artístico que desee consultarlo.

«Resta la más dispendiosa de tiempo, que llevará a término el doctor Triana, si, como dice él mismo, circunstancias independientes de su voluntad no lo estorban: ésta es la ordenación sistemática del herbario y numerosos manuscritos.

«El doctor Triana implora la cooperación de sus colegas de Europa, caso de que el Gobierno de Colombia no cuente con recursos bastantes para costear la reproducción de esos espléndidos dibujos.

«Creemos que por cuantioso que parezca el gasto —que no lo será excesivo, atendidas las facilidades que ofrece el grabado mecánico,—sería en su mayor parte resarcido con el producto del expendio de los ejemplares que tomarían los Gobiernos y las sociedades científicas; y Colombia tendría el doble honor de haber dado a la estampa la obra que inmortalizó al padre de la Botánica en nuestra Patria, y que realza la bien merecida reputación de uno de sus mejores hijos.»

JOSE CAICEDO ROJAS

EL PRINCIPE NIÑO

Era el príncipe, en los tiempos de su exaltación al trono, un gallardo adolescente; como flor de estufa habíanle cuidado y sostenido; como vida preciosa y flébil que importaba fortalecer para altos empeños; así vagaba por su pálido rostro una sonrisa triste, que era al propio tiempo gratitud y pena, desengaño y orgullo, conciencia de la propia debilidad, ansia de protección y vago pensamiento de alto y malogrado destino.

Todas las magnificencias de un pasado de gloria y de arte, moribundo ya, habían vivido por un momento para elevarle al trono. Callaron aquel día los roncacos populares, los ecos de las ingentes revoluciones; en todos los alcázares donde la cruz y el cetro se alzaban triunfantes; en el viejo Kremlin, en el nebuloso Windsor, en el juvenil Quirinal, en el palacio de la Dama Blanca, en el sacro Vaticano aleteaba un espíritu de regocijo, un perfumado soplo de salutación y fraternidad, venían de luengas tierras nuevos reyes magos portadores de ofrendas, históricas cabalgatas, en las que el turbante oriental lucía al lado del capelo cardenalicio; una peregrinación de príncipes y cancilleres, de embajadores y prelados, larga procesión de dormanes moscovitas, caudas pontificales, jaiques moriscos, cascos germánicos; un deslumbramiento de vestiduras y preseas, de áureas insignias, resplandecientes uniformes, armas y banderas de las cinco partes del mundo.

La historia y la heráldica abrían sus páginas ante el joven monarca; como en los góticos misales de las medioevales abadías, los nombres de sus gloriosos abuelos resaltaban resplandecientes con bellas alegorías y floridas mayúsculas de oro; viejos cronistas, santillanas y cibdareales, trovadores y poetas, artistas y cancioneros hablábanle de sus antepasados, traíanle a la memoria cosas imperecederas. Vigorosas almas antiguas parecían sacudir el sueño de la leyenda en las estatuas yacentes de los panteones, en los lienzos de las galerías, en los muebles seculares, en las viejas armaduras, en las banderas, en los joyeles, en las carrozas, en los parques, en las estancias de los reales dominios. En pleno siglo XX parecían resucitar aquellas cortes muertas: Versalles, el parque de los ciervos, las

cacerías cortesanas, las alegorías eglógicas y carnavalescas, los reyes y las favoritas; el Buen Retiro, con sus *tapadas* y sus comediantes; sus intrigas y desafíos; el lance de amor mezclado con el auto sacramental; todo un mundo recluido en el fondo de crónicas y museos....

En medio de aquella balumba de recuerdos y glorias redivivas, en el fondo de aquellos regios festivos había para el príncipe una grande tristeza, un profundo hastío. Aquel corazón infantil, puesto precozmente en tensión; aquel pobre espíritu ahogábase a veces en aquel ambiente de perpetua ficción, de fastidiosa grandeza, de fórmula vana y anacrónica.... Era mucho para un niño *hacer de hombre*, y de hombre-rey, durante tanto tiempo; tener preparados en todo momento la sonrisa, el saludo, la reverencia, la frase discreta, el rasgo de afecto; vestir y deformar el débil cuerpo con uniformes abigarrados, con pesadas insignias, que si al pronto pueden gustar como juguetes, después producen hastío....; ir de una en otra solemnidad, sin voluntad propia, pobre símbolo de una idea política, mostrándose al pueblo, a la corte, al ejército, a la iglesia, a los príncipes extranjeros; satisfaciendo la pueril curiosidad de los unos, la ambición de los otros, remedando cosas muertas en que nadie cree....

¡Qué porvenir para el pobre niño salvado de la muerte!

Su vida sería un sacrificio; ante todo acto de libre albedrío, de enérgica volición, de espíritu original, se le interpondría, como una repulsa implacable, aquella corona que heredó....

Hasta el amor le estaba vedado; no conocería nunca un alma gemela, el ideal de todo hombre de corazón;

para él jamás llegarían esas dulces sorpresas, las tiernas emociones de dos seres que se eligen y se aman libremente; un día, las duras leyes y razones de estado le impondrían la compañera de hogar y de corona: una extranjera, esclava del cetro como él, quizá una glacial princesa del Septentrión, que vendría a echarse en sus brazos, a compartir su lecho y su trono, sin amor y sin fe, con el exclusivo fin de asegurar la sucesión y de estrechar vínculos internacionales. Aquel sería el más cruel sacrificio: una unión interesada y precoz, que daría tal vez por fruto un pálido infante clorótico y predestinado, pobre flor exangüe, último fruto de razas decadentes y moribundas...

La amistad, ese espiritual sentimiento, esa elocuente voz del alma sociable permanecería muda para él; siempre la fría adulación, el servilismo cortesano, la fórmula palatina, la etiqueta tradicional, el glacial respeto; jamás el elogio sincero, la ardiente simpatía, el gozo sano y sencillo, la comunión de afectos, de penas y de amores. Siempre la majestad ahogando la voz del corazón y de la conciencia; la corona deformando el cerebro, la espada matando el espíritu.

En vez del hombre libre, dueño del porvenir, capaz de conquistarse una gloria con su propia mano, el rey esclavo y convencional, viviendo en perpetuo simulacro, en eterna fórmula, inmóvil como la imagen de un altar, representando una vieja comedia, simbolizando un dogma en que no cree. ¡Y ni aun la queja le quedaba! Había que conservar siempre la postura, el *belto gesto* real; esa máscara perenne de la que sólo se despojan los monarcas en raros momentos de intimidad, en escasas expansiones familiares. Y ahora, cuando pesaba en su pobre cabeza la corona como un divino

castigo, más que nunca, el niño era rey, y los reyes no son, no deben ser como los demás mortales.

Al pensar estas tristes cosas, con el presentimiento más que con la conciencia de su sombrío destino; comprendiendo que el ser rey no era una cosa deseable, sentía unos deseos infinitos de huir, de abandonar aquel fastuoso simulacro, de escapar muy lejos, recobrando su libre albedrío, respirando en plena realidad, reconquistando las preeminencias de hombre. Sentía su alma de niño retozarse en el pecho, inquieta y rebelde, empujándole a la vida, a la libertad, al amor. Hubiera cambiado su corona por un trompo; hubiérase mezclado con las mozuelas de su edad, frescas manzanas silvestres, y correteado con ellas en plena campiña, a la luz del sol, libre de la regia pesadilla.

Es fama que aquella noche el rey coronado, el rey envidiado, el rey aclamado lloró, lloró amargamente en su lecho, en la soledad de su regia estancia, mientras afuera aún resonaban los ecos y las voces triunfales de las músicas, de las multitudes, de los cañones y de las campanas. Lloró como quien era: como un niño...

RICARDO LEON

